

Sospechoso número siete

Mónica Marchesky

(Uruguay)¹

Arremetió con fuerza la puerta de entrada de su casa, tiró la bolsa con comestibles que su madre le había pedido y bajó al sótano dando grandes zancadas y golpeando la pared. Ese era su escondite. El lavarropas emitió un soplo y comenzó con su danza de ruidos, le pegó una patada y se tiró en la cama mirando el techo. No sin antes gritarle:

—¡Tacho de mierda!

Esta vez la había visto coqueteando con Enrique, el bruto de Quique, el gordo fofo, el idiota que se drogaba con marihuana y se veía flotando entre pajaritos de colores.

¡Como si a los pajaritos de mierda les gustara la marihuana!

—¡Teddy! –le gritó su madre desde la cocina–, ¡te olvidaste de las servilletas de papel!

Teddy. Odiaba que su madre lo llamara osito Teddy, se llamaba Guillermo, en todo caso Guille, no Teddy, pero su madre se esmeraba por demostrar que lo quería.

—¡Usá papel higiénico! –le respondió al grito desde abajo.

Se dio media vuelta hacia la pared, abrazando la almohada y recordó cuándo había sido la primera vez que había visto a Clara. El año pasado, un domingo de feria de

1. Nació en Salto, Uruguay, el 27 de Abril de 1959. Poeta, novelista y ensayista. Realizó un curso de Escritura Dramática con Luis Masci del taller de guionistas de “El Galpón”. Integrante del Grupo Surrealista del Río de la Plata. Co-fundadora del Grupo Fantástico de Montevideo. Publica con aBrace Editora: *Letras en movimiento*, *Círculo de narrativa II*, *Cuento gotas VII*. *Cuentos de un minuto*. Un cuento gótico se su autoría fue publicado en: *III Premi Literari de Constantí –Narrativa Breu*. (Tarragona, España)(2005). Participó en el festival de cuento breve del Centro Toluqueño de Escritores y varios de sus trabajos fueron recogidos en la antología: *Los mil y un insomnios* (Toluca –México). Primer premio ensayo “En nombre de los pájaros” Primer premio cuento “El hombre musgo” en concurso Dr. Alberto Manini Ríos. Mención con publicación del cuento “Flores Exóticas (2007) en el Primer Concurso Nacional de Cuentos: Paco Espínola, organizado por la Biblioteca Nacional y Radio Difusión Sodre. Mención con publicación en 6to concurso de minicuentos de Antel (2012), convocados por la Biblioteca Nacional y La Máquina de Pensar. Publicación del poema “A veces cuando llueve” en revista *Vericuetos* edición 2014 París-Francia. Co-Directora de Ruido Blanco, publicación de cuentos de ciencia ficción uruguaya. Participa de *Ruido blanco* desde el 2013 a la fecha con cuentos de ciencia ficción, Ciberpunk y steampunk. Directora de MMEditiones. Fundadora de 11/12/13 Grupo Surrealista de Uruguay. Integra varias comisiones de culturas de Montevideo y Canelones.

Tristán Narvaja. La feria cada año se extendía más hacia las calles laterales, y ya había llegado a la puerta de su casa, en el Cordón. Clara estaba en la vereda de enfrente, en un puesto que vendía máscaras de porcelana. Tenía el cabello castaño en rulos cortos y una risa estridente, más bien rellena. No se la había podido sacar de la cabeza.

Era alto y delgado, siempre usaba ropa deportiva, odiaba las gorritas con marcas dudosamente bordadas, que eran moda entre sus amigos. Tenía veintitrés y había dejado el estudio en cuarto año. Laburaba de repartidor de pizza, se había comprado una moto usada que pasaba más en el taller de reparaciones que andando, pero lo llevaba a cumplir los pedidos. Se había dejado unas rastas que a su madre le parecían “monas” y a veces lo sentaba delante de la tele y le ponía canutillos de colores en el pelo.

Cuando tenía un día libre pasaba a buscar a Clara a su casa en Sayago y salían a dar una vuelta, a tomar mate a la Rambla, a veces iban al Shopping a comer hamburguesas.

Había descubierto que Clara coqueteaba con varios de sus vecinos en la feria, incluido el gordo boniato de Quique. Hoy los vio, mucha risa y pavoneos. Se dio otra vuelta en la cama, ahora mirando hacia la escalera y pensó en matar al gordo.

Habían sido compañeros de clases en la escuela y en el liceo.

—Dejo esta mierda —le había dicho al gordo.

—Yo sigo por lo menos un año más.

—¿Por qué no venís conmigo y salimos a repartir?

—No, viejo, me gusta ver a las “chicas” calentonas de la clase —haciendo un gesto con los dedos, para remarcar la frase, pasándose la mano por la boca.

—¡Que gordo pajero que sos! —le dijo, tirándole un manotazo.

Alguna vez vio que la policía se llevaba a Quique, y a los pocos días lo volvía a ver. Pero esta vez era distinto, había pasado la raya, se había metido con su Clara.

Un día, el profesor de historia, en una de esas clases fuera de clases que tienen a veces los profesores, había pedido la fecha de nacimiento de todos y los relacionaba con hechos históricos, resultó muy entretenido, hasta que le pidió a Guillermo Valdéz su fecha, entonces dijo:

—24 de enero de 1989 a la hora 7:16 de la mañana.

El profesor buscó en su *Tablet* y dio un grito de asombro.

—¡Increíble! —gritó dando un salto hacia atrás. La fecha exacta en que fue ejecutado Ted Bundy, y la hora es la misma... ¡increíble!

En ese momento Guille se enteró quien era Ted Bundy y todas las muertes que se llevó consigo. Tenía dieciséis años y se lo dijo a su mamá, motivo por el cual ella comenzó a llamarlo Teddy, aunque asociado al osito resultaba menos trágico.

Dio otra vuelta en la cama, ahora se quedó boca abajo y colocó la almohada sobre su cabeza. No quería perder a Clara, pero tampoco a Quique. Mataría a Clara. Adiós proyecto de vivir juntos, aunque en el piso de arriba, no en el sótano. Tendría que convencer a su madre de que se fuera a vivir con ese “buen partido” que tenía. Haría que Clara se pasara de la vereda de enfrente a la suya, así podrían estar juntos. ¿Hijos? Tal vez, no se llevaba bien con los niños, pero si Clara quería, se podría estudiar el tema.

Se incorporó y se sentó en la cama. El lavarropas tosió y se detuvo, a la vez que su madre le gritaba:

—¡Teddy!, ¡A comer! —de fondo el griterío de la feria de Tristán Narvaja.

Nueve años después, de pie ante un reconocimiento policial, teniendo delante un cartel con el número siete, recordaría ese momento; el instante que decidió matar a Quique. Recordó que había comenzado investigando todos los asesinatos que se le atribuyeron al famoso Bundy, por pura curiosidad primero y luego para aprender cómo mataría al gordo. Se convenció de que no era el mejor ejemplo. Bundy mataba mujeres, tenía un coche y era hijo de puta. Él no era así, solo quería proteger a Clara.

Finalmente, luego de ver todas las posibilidades, decidió no matar a Quique. Su madre al fin se fue con su “buen partido”.

—Está todo pago, la casa era de tu abuelo —le dijo y cerró la puerta de un golpe.

Él le dijo a Clara que viniera a vivir con él.

Se sintió feliz, pero pronto comenzaron a sumarse recibos de todos lados. Luz, agua, impuestos municipales, Internet... y necesitó duplicar sus horas de trabajo. Horas en que su Clara quedaba sola en la casa. Ella trabajaba los domingos en la feria, vendiendo las máscaras de porcelana y trataba de mantener la casa ordenada.

Recordó el primero: cierto día, tenía un encargo cerca del barrio y pasó a “echar una ojeada”, resultó que ella estaba tomando mate con el vecino de al lado, un veterano que se vestía como pendejo, usaba caravanitas y una coleta con unos pocos pelos anudados a la nuca. No dijo nada, pero a los días, como el veterano era electricista, le pidió para ver su lavarropas que tenía una falla. Bajaron al sótano y con un caño le asestó un golpe que lo dejó sin asunto. Lo cortó en trozos y comenzó a repartirlo por los lugares donde se suponía que no andaba nadie. Lo trasladó en la heladera que le habían dado en la pizzería, para conservar los pedidos. Nunca lo encontraron. Luego fue el feriante del puesto de al lado del de Clara...

—¡Por favor!, ¡el número siete que dé un paso adelante!

Dio un paso adelante, pero eso lo sacó de sus pensamientos.

—¡Regrese a su posición número siete!

Dio un paso atrás y pegó la espalda contra la pared. El gordo Quique se mudó de barrio, se fue a vivir con el padre a la Ciudad Vieja y lo dejó de ver; pensó que ese fue el motivo por el que se salvó. Fueron pasando los años, nunca llegó el hijo que tanto quería Clara. Tampoco se preocupó en saber por qué. Comenzaron a llamar a las muertes como: “El descuartizador del Miguelete”. No tenían pistas, pero sabían que las partes del cuerpo se trasladaban en algo; auto, moto, carro, carretilla. La División Criminalística de la Policía Científica, estaba alerta, pero cada vez que encontraban partes de un cuerpo tenían que armar un caso como un puzle.

En una de esas entregas al Miguelete, vio que las camionetas policiales andaban en la vuelta, incluso habían desplegado a los “Pumas” en sus motocicletas; entonces, tuvo que cambiar el lugar, comenzó a llevarlos a la zona de La Boyada, en el Cerro; igualmente, la policía se dio cuenta de que el modo de operación era el mismo. Ya era su sello y eso lo llevó a caer en desgracia; eso, y el día que Clara se acercó a la Seccional Primera y lo delató.

Ella bajaba al sótano a lavar la ropa, y por más que él tenía la precaución de limpiar con hipoclorito, el olor a sangre seguía colgado en el ambiente.

Un nefasto día, que Clara le había pedido al hijo del puestero de frutas de la esquina, que le trajera el pedido, porque ya era tarde, llegó Guille en una de sus escapadas que tenía en el trabajo. Sintió risas, se agachó a mirar por la escalera, las luces de la calle dibujaban patrones mortuorios en los peldaños. Los vio, ella sentada en el lavarropas y el muchacho le acariciaba el cabello. Bajó en silencio. Como estaban muy entretenidos, no lo oyeron. Tomó el mismo caño con el que había terminado con la vida del viejo pendejo y le asestó un golpe que lo tomó por sorpresa. El cuerpo se desplomó, a la vez que Clara empezó a chillar como un cerdo.

—¡Qué hiciste, desgraciado! –le gritó y corrió hacia arriba, llorando.

Se sentó en los peldaños de la escalera, sin dejar de llorar.

—¡Andá para arriba! ¡Y dejate de llorar, carajo!

—¡Guille! Perdóname, él me provocó.

—¿Te provocó? ¡Mirá lo que hago con el que te provocó! Y terminó de golpearlo hasta matarlo. Una vez que hubo concluido, lo desnudó, dejó la ropa en una bolsa negra, extrajo las vísceras y comenzó a serrucharlo en partes, como a los otros. Clara no podía creer lo que veía, empezó a atar cabos y se dio cuenta de que la muerte la circundaba,

pero no quería creer en desgracias, mejor no pensar, a ver si el Cosmos se daba cuenta y le escupía en la cara, decía para sí, limpiándose los mocos.

No pudo seguir viendo, se retiró a la cocina a preparar un café. En realidad, se dio cuenta que no conocía a Guille, no había visto esa parte violenta; a veces le daba una cachetada o una sacudida, pero eso era todo. Esto era distinto, él lo había matado, si la policía se enteraba, ella sería cómplice.

Miró las máscaras que se secaban en una mesita junto a la ventana donde les daba el sol y dijo:

—¡Qué pena! ¡Estábamos tan bien acá! ¡Tendré que decirle a mi primo y su mujer que se vengán a vivir conmigo, la casa no puede quedar sola!

Fue el mismo día en que los caños de todas las graseras y los desagües del barrio se taparon, y cuando se destaparon, comenzaron a aparecer dedos, muñones y pedazos pequeños de desechos humanos. En ese mismo día, Clara buscó la bolsa negra de ropa ensangrentada en el sótano. Entonces, la llevó a la policía, que ya se había enterado de la tapadera de los caños en el Cordón.

Nueve años habían pasado, su madre se había ido a Buenos Aires, el gordo Quique estaba preso por distribución de drogas, Clara seguía con sus máscaras de porcelana y él seguía en la entrega de pizzas a domicilio. Cinco muertes se le adjudicaban al “Descuartizador del Miguelete”.

Una vieja que remolcaba un carro de supermercado, paseando un perro y un gato, lo había visto cuando él tiraba un torso en el arroyo, pensó que no tenía importancia que un repartidor de pizza anduviera por esos lados, ya que andaban por todos lados. Pero cuando la policía hizo una redada por el barrio, y empezaron a preguntar, ella se acordó.

Entre los caños tapados, que llegaron a la conclusión de que se tapaban desde el sótano de la casa de Guillermo Valdéz y la declaración de la vieja y de Clara, fue cosa de trámites.

—¡Ese!, ¡el número siete! —lo reconoció la vieja.

—¡Caíste Miguelete! —le dijo el policía— ¡mirá que nos tuviste en jaque durante años, pichón! ¡Que repartidor resultaste! ¡Qué hijo de puta!

Cuando volvieron a pedirle que se adelantara otra vez un paso, Guillermo Valdéz, el osito Teddy, Miguelete para la poli, supo que no tenía escapatoria. Por suerte que en Uruguay no hay pena de muerte —pensó—, porque si no terminaría como Ted Bundy.